

Ante esta resistencia, Miguel Meuko, queriendo olvidar, olvidar á toda costa, se entregó con verdadero frenesí á toda clase de excesos, gastando su alma y su cuerpo: dejó la carrera diplomática, se metió en aventuras imposibles, llegando hasta á servir como jefe en el ejército turco durante la guerra con los rusos, y por fin se volvió á París tan aburrido como se había marchado, y siempre, sin poderlo evitar, atormentado por la imagen de Marsa, imagen triste como el amor perdido y severa como el remordimiento.

XII

¡Y de aquel pasado, de aquel odiado pasado, era de lo que Miguel Meuko tenía el atrevimiento de venir á hablarle! Al pronto, Marsa se sintió como injuriada; pero luego, por un cambio repentino de sentimientos, al oírle recordar aquellos abominables momentos, experimentaba una impresión de amargura que era para ella como un cruel y merecido castigo.

¿Pero, realmente, todo aquello había sido posible? Con la curiosidad de un espectador que no tuviese participación en aquellos sucesos, Marsa esperaba el final del odioso razonamiento de Meuko:

—¡Mentí porque amaba!

—¿De modo, que eso es todo lo que teníais que decirme?—preguntó por fin Marsa.—Segun eso, bastaría que un ladrón se defendiese diciendo: «¡Qué quereis!... ¡Ese dinero me gustaba, por eso lo he robado!» Vaya—gritó Marsa, levantándose al mismo tiempo bruscamente,—esta conversacion se prolonga más de lo necesario.

—¡Bésos la mano!

Dicho esto, se dirigió hácia la puerta del salón; pero Meuko, dando vuelta al velador, le sa-

lió al encuentro, hablándole siempre en aquel tono suplicante que envolvía una amenaza.

—¡Marsa!—exclamó con acento desesperado, llamando en su auxilio á aquella misma mujer; —¡Marsa! ¡no os caseis con el príncipe Andras; yo os conjuro á que no lo hagais! ¡No os caseis, si quereis evitar que entre nosotros haya una espantosa desgracia!

—¿De veras?—dijo la joven.—¿Sereis vos quien ahora amenaza matarme?

—Yo no amenazo, puesto que suplico, Marsa. Pero bien sabeis hasta qué punto me ciega algunas veces el furor, y no respondo de mí... ¡Bien conoceis que soy un loco!... Tened compasion. Pensad que os amo como nadie es capaz de amar, que sólo vivo por vos y que si os entre-gais á otro...

—¡Ah! ¡en verdad!—dijo ella levantando la cabeza é interrumpiéndole en tono enérgico—que al oiros hablar así podría creerse que teniais algun derecho sobre mí! ¡Os he hecho la limosna de mi olvido despues de la de mi amor! ¡Creo es bastante! ¡Dejadme!

—¡Marsa!...

—Mucho tiempo hace que me consideraba libre de vuestra presencia. Os dije que desapareciéseis para siempre. ¿Por qué habeis vuelto?

—Porque despues de haberos visto una noche, cuando ménos lo esperaba ya, en casa de la baronesa Dinati—¡os acordais! fué el día que por primera vez hablasteis al príncipe,—supe en Lóndres vuestro casamiento; y si bien accedia á vivir léjos no mereciendo vuestro cariño, era

á condiccion de que no fuese tampoco de nadie; ¡yo no quiero... perdonad, no puedo... avenirme de ningun modo á que ese atractivo, esa belleza, esos labios, ese pelo sen de otro!... Reflexionad bien el valor de que he dado pruebas. A pesar de vivir en París, nunca intenté presentarme en vuestra casa. Despues que de ella me arrojásteis, Marsa, solo os ví una vez por casualidad, en casa de la baronesa; pero ahora...

—¡Ahora es otra la mujer en cuya presencia estais! ¡Es una mujer que ignora el haber escuchado vuestras súplicas, el haber cedido á vuestros ruegos, el haber sido vuestra querida! ¡Es una mujer que os ha olvidado, que ni siquiera tiene presente que haya existido un miserable que abusó de ella, de su ignorancia y de su candidez, y que ama, que ama como se ama la primera vez, pura y santamente, con sincera passion, al hombre de quien va á ser la esposa!

—Yo respeto á ese hombre—dijo Miguel—como al prototipo del honor. De ser otro, ya le hubiese escupido al rostro. Pero vos, que me acusais de haber mentido, ¿cometereis igual falta ocultando á ese hombre la verdad?

Marsa Laazlo estaba livida, con los ojos hundidos como los de un cadáver, pero brillando como botones de fuego en medio del círculo negro que les rodeaba.

—No necesito responder á quien ningun derecho tiene para preguntarme. Pero aunque hubiera de costarme la vida el minuto de alegría que he de experimentar al poner mi mano entre las de un héroe que es la lealtad misma, no vacila-

ría en perderla por este minuto de inefable dicha!

—¿Es decir—exclamó Miguel—que me poneis al borde del abismo? No teneis en cuenta el que os haya dicho que en ciertas horas de exaltacion la locura puede llevarme hasta el crimen.

—No lo dudo—respondió friamente la joven.—Pero, á decir verdad, á ese extremo ya habeis llegado. No hay crimen más infame que la traicion.

—Sí, hay uno más horrible—replicó Miguel.—Os he dicho que os amo, que os amo cien veces más que en la fatal hora en que causé vuestra deshonra. Sean los celos, la ira ó los sentimientos que querais, la idea de que un marido os arrebatara como una presa, hace arder mi sangre, Os veo en mi presencia tal cual estabais cuando érais mía; oigo vuestros suspiros, vuestros sollozos, y siento en mis labios el calor de vuestro rostro. Os adoro con frenesí, locamente y siueto que la llama medio apagada se enciende más inten

¿Comprendéis, Marsa? ¿Comprendes?—añadió, extendiendo los brazos y acercándose á la zigana (que le oía agitada por la cólera y la indignacion), como queriendo obtener sus caricias, sin que nada le detuviese.—Sí, ¿comprendes? ¡Todavía te amo! ¡Quiero que seas mía de nuevo! ¡Fui tu amante... tu amante! ¡Joyas?... y quiero... quiero, aunque me cueste la vida, volver á serlo.

—¡Ah, miserable cobarde!—dijo Marsa, dirigiendo la mirada á aquellas armas á las cuales le impedía llegar Miguel Menko, que la miraba

con los ojos extraviados y animados por una pasion dolorosa, en la que la mortificacion del amor propio, la tortura de los celos, influian mucho más que aquel brutal deseo, innoblemente arrojado al rostro de aquella mujer.

—Sí, cobarde—continuó Marsa—cobarde, cobarde, que se atreve á escudarse con una infamia del pasado para cometer otra nueva.

—Te amo!—repetia Menko fuera de sí—y casi consiento en perderte; pero que por una sola y última vez sea yo todavía dueño de tu cariño y tu hermosura y que en seguida muera de locura y de dolor!

—¡Vete!—dijo la joven irguiéndose ante él, implacable, y fustigándole con su mirada y con su actitud.—¡Vete! ¡Te despido, lacayo! ¡Sal de aquí... Despues haré lavar el suelo que han pisado vuestros piés.

—¡Si, me marchó, pero mañana, esta noche, cuando yo quiera, volveré, Marsa! He conservado en mi poder, como un tesoro que vale una vida, la llave de aquella puerta que un día abrí en el parque, deslizándome hasta donde tú me esperabas, oculta en la sombra. ¿Te has olvidado de eso tambien?... ¡Todo lo has olvidado!... Pero yo no, porque este recuerdo llena toda mi existencia!

¡No podia negarlo! ¡Si, era cierto todo cuanto decia aquel Menko! ¡Ella le habia esperado en el jardín... hacia dos años, la vispera misma del día que oyó en el baile la tremenda revelacion... allí... en aquella casa... ¡Hasta aquel extremo creyó amarle! ¡Cuán desgraciada habia nacido!

—Oidme bien, Marsa—continuó Miguel, adoptando repentinamente una sangre fría aparente—os he dicho que porque seáis mía, como en otro tiempo, una sola vez, una sola, sería capaz de todo, si, lo ropito, de todo. ¡Qué me importa!

¡Pues bien! las cartas que tengo vuestras, esas cartas queridas que tantas veces he llevado á mis labios, que he regado con mis lágrimas, esas cartas que he guardado, á pesar de vuestros ruegos y de vuestras órdenes, esas cartas que son mi consuelo, mi secreta alegría, que leo y releo, y que toco con mis manos como si fuese á vos misma, os las traeré cuando me digáis: «¡Venid!» Pero quiero... ¡ah! ya sé que soy un loco y un miserable... quiero que antes que seáis de ese hombre ¿ois? consintais en serlo mía.

Marsa, impasible, con el labio convulso y la mirada fija no respondía una palabra.

—¿Me habeis oído bien, Marsa?—decía el conde suplicando y amenazando á un mismo tiempo.—¿Me habeis comprendido bien?

—Sí—dijo ella al fin.

Permaneció un momento silenciosa, y luego, con risa sardónica, añadió:

—¡O yo ó mis cartas! Se trata de un negocio como otro cualquiera—dijo con punzante ironía.—¿Por qué no me proponéis desde luego lo que cierto y vil personaje, que no conozco, ofrecía á una mujer que habia sido su querida, como yo he tenido la estupidez y la desgracia de serlo vuestra! ¡Por cada carta una cita! ¡Una cosa por otra! ¡cambio á cambio! Esto era más breve, más sencillo y más ingenioso. Segun parece, á la ter-

cera carta, la mujer acabó por envenenarse. Se suicidó. Yo, desde la primera tentativa de una bajeza semejante, obraría de distinta manera, creedlo.

En aquella fría ironía se trasparentaba una amenaza que Miguel Meuko vió con agrado. ¡Tanto mejor, puesto que adivinaba vagamente un peligro!

—¿Quereis decir?...—replicó Miguel.

—Quiero decir que jamas os presenteis ante mí, que huyais, que os volvais á Londres, á América, adonde quiera que sea. Habreis muerto para la que engañasteis vilmente. Quemareis ú os guardareis esas cartas, da lo mismo, pero no seréis indigno hasta el extremo de utilizarlas como un arma en contra mía. Esta entrevista, que se me hace pesada y fastidiosa, sera la última. Por la postrera vez habreis franqueado las puertas de esta casa. ¡O si no!... ¡Ah! si no... ¡os juro que tendré bastante energía y resolucion para defenderme por mi sola y para castigaros por mi misma! Creo haberme explicado á mi vez, ¿no es así?

—Ciertamente—dijo Meuko.—Pero sois demasiado imprudente, Marsa. Los hombres como yo no retroceden ante los obstáculos. Bien sea por la puerta que en otro tiempo abria lleno de emocion, ó bien saltando por la pared, si aquella está atrancada, yo prometo que he de llegar hasta donde esteis y que tendreis que escucharme.. que me escuchareis como en otros tiempos.

Marsa le miraba con aire desdeñoso.

—Ni siquiera me he cuidado de hacer que cam

biasen la cerradura de la tal puerta, y en estas noches de verano hasta la verja del jardín se queda abierta. Nada, pues, os impide venir. Pero yo os aconsejo que no habrais la una ni empujeis la otra, No sería á mi á quien encontrariais en el sitio de la cita.

—¡Bah! Yo en cambio estoy seguro de que será á vos, Marsa, á quien encuentre, y que si yo os digo que mañana á media noche estaré debajo de la ventana del pabellon, en el rincón del jardín, vos me esperareis allí para recoger de mis manos vuestras cartas, todas vuestras cartas, que prometo traerlos.

—¿Lo creéis así?—dijo Marsa.

—Estoy seguro de ello.

—Porque reflexionareis.

—Tiempo he tenido ya. Podeis indicar otra razón.

—La razón consiste en que no podeis dejar en mis manos tales pruebas. Creed que cometeriais una locura al hacer de un hombre como yo, que se dejaría matar por vos, un enemigo declarado y acérrimo.

—Comprendo. Muere uno gustoso por una mujer, pero entretanto, se la ultraja y se la amenaza, como el hombre más vil, con una muerte verdadera. ¡Pues bien! ¡no me importa! No estaré en el pabellon, donde en otra época me engañasteis con vuestro amor, y que yo daré orden para que lo derriben, quemando despues hasta sus últimos restos; ni os esperaré, ni volveré á veros ni os tengo miedo. Dejo esas cartas á cargo vuestro para que de ellas hagais lo que os aconseje el último átomo de honradez que os queda.

seje el último átomo de honradez que os queda.

—Adios—añadió, despues de mirar de arriba abajo á aquel hombre, como queriendo conocer todavía el grado de audacia ó de infamia á que era capaz de llegar.

—Hasta la vista—respondió friamente el conde, dando á aquellas palabras un tono lleno de encubierta amenaza.

La joven alargó su afilada y delicada mano, tiró de la campanilla, y al presentarse el criado dijo sencillamente:

—Acompañad al señor.

XIII

Cuando Marsa — como quien despierta de un sueño molesto — se vió libre de aquella historia de amor, en la que ella habia dejado su fé, su candidez y casi su misma carne, se dijo:

—Ahora mi vida se acabó.

¿Qué hacer? ¿Expiar? ¿Olvidar?

Pensó consagrarse á la oracion, á la vida del claustro, y durante el invierno compartió las horas entre el solitario parque y la triste compañía del viejo Vogotzine, medio alcoholizado.

Luego, convencida de que el destino no queria que muriese, hizo á temporadas la agitada vida de París, á la que poco á poco fué aficionándose, olvidando lentamente el pasado, aquella locura que ella tomó por verdadero amor y que iba borrándose hasta desaparecer casi de su memoria.

De este modo, Marsa, Laazlo, que dos años antes solo pensaba en el retraimiento y en la muerte, encontraba razonable que la baranesa Dinati le dijese alguna vez:

—¿En qué pensais, querida niña? ¿A quién se le ocurre teniendo veinte años encerrarse por su gusto en un retirado parque, como en una cárcel ó como en un rincón de provincias?

Habia llegado á los veinticuatro años, y aun-

que envejecida moralmente como si hubiesen pasado diez más, en nada habia desmerecido la frescura de su lindo rostro ovalado, correcto y puro como el de una virgen bizantina.

Más tarde en una de esas alternativas que tiene toda existencia, la tzigana encontró al príncipe Andras, y su corazón, que le creia muerto, latió con una violencia y de un modo cual nunca habia latido al sonido de la voz, ante la sonrisa de aquel hombre verdaderamente leal, fuerte y cariñoso, y en quien ella descubria el ser para el que habia sido creada, y el ideal de sus sueños de mujer.

Le amaba silenciosamente, pero con profunda y eterna pasión. Le amaba sin reflexionar que ella no tenia ya el derecho de amar.

¿Acaso pensaba siquiera en su caída? ¿Se recuerda la tempestad cuando el viento se ha llevado ya las nubes y el trueno suena lejano?

En aquellos momentos creia de buena fé que ni en su corazón ni en sus labios hubo nunca otro nombre que el de *Zilah*.

Y hé aquí que aquel hombre, aquel héroe, el héroe acariciado por su imaginación, la pedía su mano, diciendo: «¡Os amo!»

¡Amada de Andras!

Qué atroz fué su martirio, por qué torturas tan crueles pasaba al plantearse la terrible cuestión: «¿Tengo derecho para ocultarle la verdad? En caso contrario, ¿tendré valor para confesarla?»

¡Cómo! En su mano tenia la dicha más completa á que pudo aspirar mujer alguna, la ilu-

sion de toda su vida, y porque un miserable la habia engañado, porque en su pasado habia horas que desaparecieron, de las que casi no se acordaba y esto solo para maldecirlas, era preciso que ella misma se destrozara su corazon, que fuese la victima y pagara las consecuencias de una falta cometida por el cobarde que le habia mentido villanamente.

¿Era esto justo? ¿Era esto humano? ¿Acaso debia encerrarse en su pasado como un muerto en la tumba? ¡Qué! ¿No era ya dueña de amar? ¿No tenia derecho á vivir?

¡Con qué entusiasmo amaba á aquel Andras!

¡Con qué inmensa alegría hubiese dado su vida por él! ¡Y el principe la amaba tambien! ¡Y con qué delirio!

Nunca experimentó éste tal rejuvenecimiento de espíritu. ¿Podria amar él todavia? ¿Seria amado? ¿Existia aun lo posibilidad de que fuera dichoso? ¡Bah! Le bastaba su propia satisfaccion y se complacia en su soledad como Marsa en su aislamiento.

Por lo demás, Zilah no se consideraba tan absurdo ni tan sencillamente romántico cuando pensaba en que Hungria, su pueblo, era quizá el único que ante el triunfo del pesimismo habia conservado las tradiciones caballerescas del honor; el único que por las virtudes de su raza, por su valor y por su desprecio de la bajeza habia acabado por imponer su ley, siendo vencido al vencedor, al Austria. ¿El ideal, pues, podia tener su desquite. Asi lo demostraba la historia de todo un pueblo.

—¡Que esta sociedad se revuelque en el cieno! —decia Andras.—Yo entiendo que la vida no es agradable si no se puede llevar alta la cabeza, y si el aire que se respira deja de ser puro y libre. ¡El hombre no ha de ser como el cerdo!

¡La misma fe, las mismas ideas, la veia reflejadas en la mirada, en el corazon, en el alma, en el amor de Marsa!

Ella representaba para él una nueva existencia y la felicidad.

—Si,—se decia Andras—ella me hará dichoso, rodeándome de cuanto amor puede ambicionar un hombre.

Y tambien Marsa, cuando pensaba en él se sentia dispuesta á todas las abnegaciones, á todos los sacrificios. ¿Quién sabe? Quizá seria preciso combatir aun algun dia y entonces ella se interpondria entre las balas y el héroe para escudarle con su pecho. ¡Morir por salvarle! ¡Qué dicha! Pero no se trataba de morir, no, sino de vivir para rodearle de las más intimas alegrías. Y esta tarea, á la que Marsa queria consagrarse ansiosa de sacrificio, se hacia imposible para ella, porque odiables besos habian manchado en otro tiempo sus labios. ¡Y sin embargo!... Sin embargo, la voz de su honrada conciencia le indicaba que debia contestar al principe:

—«¡No!»—Era preciso que Zilan quedara relegado á su aislamiento y á sus tristezas. Ella no tenia derecho á ser amada por él.

Pero si renunciaba al amor de Andras, el principe (asi se lo habia manifestado Yanski Varhely) moriria de pena; he aquí como con una sola

palabra causaba á la vez la muerte de dos seres: de Andras y de ella. ¡De ella! ¡De ella no habia para qué preocuparse! ¡Pero de él! ¡Y no obstante, tenia el deber de hablar! Y hablar ¿por qué? ¿Acaso habia amado ella verdaderamente en otro tiempo?

A quien Marsa amaba, á quien adoraba con toda su alma, con todas las fibras de su ser, era á Andras. ¡Ah! ¡amarle! ¡si, amarle locamente con frenética pasion! Despues, un dia, conseguir, por la adhesion sin limites como nunca haya existido, el perdon de la falta cometida, ocultándole todo; tal era el propósito y la esperanza de Marsa.

Girando constantemente en estas mismas ideas llenas de angustia, retardando para otro dia la resolucion decisiva de confesarle todo al principe, la tzigana se dejó llevar sin hacer nada, é insensiblemente se encontró en aquel inevitable momento, en aquella fiesta de sus bodas como quien está al borde de un precipicio.

Y precisamente la noche misma de aquel dia consagrado á festejar su propio casamiento, apareció nuevamente Meuko, aquel Miguel Meuko que se interponia en su camino, no suplicante ni tembloroso, sino amenazando, proponiéndole, atreviéndose á proponerla á ella aquel trato mucho más infame aun que todas las villanias anteriores.

Aquel sueño, acompañado de alegre música, aquellas *czardas* evocando la voz de la patria, aquella fantástica fiesta á bordo del barco, venian á terminar en una triste realidad en Meuko

que decia: «Tú fuiste mia y lo serás nuevamente, de lo contrario, estás perdida.»

—¡Pérdida! ¿Y cómo?

Razonando friamente, Marsa Laazlo se hacia esta temble pregunta, que para ella era cuestion de vida ó muerte:

—Veamos: ¿qué hará el Príncipe si, una vez que yo sea su mujer, llegase á saber la verdad? Qué es lo que hará? Matarme—se contestaba la tzigana.—Sí, matarme. ¡Tanto mejor!

Este era una especie de arreglo que ella se hacia y que su loco amor dictaba á su rectitud.

—¡Ser suya y pagar con mi vida este minuto de felicidad! ¡Si hablo, huirá, desaparecerá, y yo le amo! ¡Pues bien! ¡Lo que me queda de existencia lo sacrificaré gustosa por haber vivido embriagada de felicidad durante un relámpago.

Discurriendo así, venia á parar en que era muy dueña de dar su vida á cambio de su amor abrazando á aquel héroe y muriendo en seguida con estas palabras en sus labios: «Era indigna de ti, pero te amaba! ¡Toma, hierete!»

O mejor aún callarse, ser amada, y por medio de un narcótico dormirse, dormirse con el pensamiento fijo en aquella dicha inefable, en aquella alegría suprema, con aquella embriagadora vision: «¡He sido suya y me ama; me ha amado!...»

¿Qué poder en el mundo podia impedirle realizar su sueño? Para esto renunciaba al resto de su juventud y de su hermosura. Mintiendo de esta manera, ¿se parecia á Meuko? No, puesto que, víctima de su amante, ella se sacrificaba al pun-

to, sin vacilacion, con alegria, por el honor de marido.

No reflexionaba que sacrificando su vida, ella condenaba á muerte á Zilah, ó más bien con aquellos subterfugios, por los que tan fácilmente se deja engañar la humanidad, se decia:

—El se consolará de mi muerte si alguna vez llega á saber que yo era...

Pero, ¿Por qué habia de saberlo? Ella procuraria desvanecer sin ruido, haciendo que su desaparicion tuviera que atribuirse á un accidente desgraciado.

Fébril y con la cabeza trastornada por la lucha de ideas y sentimientos que habia sostenido, Marsa se acostó, y aunque no pudo conciliar el sueño hasta pasadas algunas horas, logró que este produjese un efecto reparador, y así despertó tranquila, sin fuerzas, pero considerándose casi feliz, como si la resolucion adoptada la hubiese infundido aliento.

El dia siguiente lo pasó todo en el jardin, pensando alguna vez si la aparicion de Menko y su *mañana... á media noche...* era una vision, una pesadilla de aquella noche.

¡*Mañana!* Esto es, hoy.

Sí, no obstante. Miguel Menko venia la noche inmediata, si se atrevia... Un escándalo, quizá entrase en los planes del conde. Pero no, no pensaba en tal cosa; él lo esperaba todo, y esto era más execrable, del amor de Marsa, pretendiendo reanudar por una hora la maldita vida.

—Sí, sí, vendrá!... ¡Es capaz de venir!

Le despreciaba hasta tal punto que, en efecto, creia que en aquella ocasion él cumpliria su palabra.

A la sombra de aquella frondosa arboleda y, en medio del profundo silencio que en ella reinaba, poco á poco Marsa llegó casi á dormirse dulcemente, sumida en la voluptuosidad del olvido desapareciendo de su memoria la imágen de Miguel Menko y recordando tan solo aquel hermoso dia en el vapor navegando por las aguas del Sena en una calma risueña, en aquella especie de dejadez, de *nirvana*, propia del verano.

El dia pasó rápidamente.

La baronesa Dinati descendió de su carretela enseñando—sin contar su vestido de *fouard* y la roja sombrilla que hacia aparecer más encendido su rostro de incitante normanda—unos chanelos con iniciales de plata sobre la tapa, á propósito para andar por el barro, y de que se habia provisto sólo para que los vieran, y porque así lo exigia la moda.

Iba á visitar a Marsa y no se detuvo mucho. Su conversacion se redujo á la charla y frivolidad de París. El artículo del pequeño Jacquemin en que hablaba del almuerzo náutico ofrecido por el príncipe Zilah habria hecho furor. Es muy gracioso Jacquemin.

Marsa le conocia perfectamente. ¿No? ¿De veras? ¡Cómo! ¿No conocia á Jacquemin, el de *La Actualidad*?

¡Oh! Pues era preciso invitarlo al *lunch* del dia de la boda... Hablaria de ello Jacquemin. El habla de todo.

La baronesa le distingue mucho. Verdad es que en su casa se había hecho el indispensable. Es muy elegante Jacquemin y está al tanto de todas las novedades, hasta en materia de modas. —Mirad, él es quien me ha dicho que la moda había adoptado estos chanclos. Por cierto que casi han sido causa de que me rompiese la cabeza al subir al carruaje. Pero esto me hace gracia. Es una cosa nueva. Esto atrae las miradas sobre los pies. ¡Ah!... ¿qué es eso? Al mismo tiempo fija la vista en el objeto. Y cuando se tienen los pies bonitos, no muy grandes... ¡Comprendéis, Marsa, esto de las iniciales en los chanclos?... ¡Algunas señoritas podrían poner en vez de iniciales las señas de su casa!

Después de tomar un refresco para humedecer su garganta, seca de tanto charlar, la Baronesa se despidió de Marsa y corrió a su carruaje en el momento que se paraba delante de la verja del príncipe Zilah, al que sólo pudo saludar con un gracioso movimiento de la mano. Con su sonrisa y con aquel movimiento parecía querer decirle:

—No temais que os quite un minuto siquiera. ¡Ya sé que teneis por hoy ocupacion más interesante que la de dedicar el tiempo á mi persona!

Marsa experimentaba verdadera alegría cada vez que veía á Andras. Al oír su voz dulce, paternal y apasionada, se sentía adorada y protegida. Cerca de él se consideraba dichosa y se abandonaba á un mundo de esperanzas infinitas, cuando quizás era muy contados los días que le quedaban de aquella dicha.

Cada nueva visita le parecía á Marsa que las palabras del príncipe eran más afectuosas y que sus caricias eran más apasionadas.

—Me he convencido de que en este mundo hay que vivir con algunas ilusiones, puesto que cuanto he deseado á los veinte años lo veo realizado ahora. Algunas veces, dejándome llevar de mi tristeza, me hacia la pregunta de si mi vida se había acabado. No: os esperaba: sabía instintivamente que existía una mujer superior, creada para mí, mi mujer... ¡con qué placer pronuncio esta frase!... y no me he engañado.

Con las manos de su prometida cogidas, el príncipe le contemplaba extasiado.

—¿Y si no me hubiese hallado?—replicó ella.

—Habría seguido viviendo en el aburrimiento. Preguntadle á Varhely, que es quien conoce los secretos de mi vida.

Marsa, haciendo un esfuerzo para sonreír, recordó lo que Yanski le había dicho, y no pudo menos de temblar. Si, Zilah cifraba su existencia en el amor de Marsa. Arrancarle esta ilusión era como levantar el apósito de una herida y hacerla mortal. Decididamente su resolución de desaparecer sigilosamente era lo más acertado.

Pero entonces, ¿por qué no se daba la muerte antes de mentir? ¡Ah! ¿Por qué? A esta pregunta Marsa respondía siempre con aquel amor á cambio del que ella ofrecía en vida. Un beso y la muerte. Toda su energía nerviosa se reconcentró en esta idea. Procuraría, sí, únicamente, que su muerte apareciese debida á una catástrofe

cualquiera, á un siniestro casual. Ya estudiaría la manera, puesto que no quería dejar á Andras el doble recuerdo de una traicion y de un crimen.

Olvidando quizá que pensaba morir, Marsa escuchaba al príncipe cual si hablarle le prometiese, no un minuto, sino una eternidad de placer.

El general Vogotzine y Marsa acompañaron un rato á Andras hasta la estacion del ferrocarril. Los perros daneses, saltando y correteando por los campos, venian obedientes á la voz de Marsa y espresaban su agrado cuando el príncipe los acariciaba con la mano.

—Ya conocen al amo—murmuraba Vogotzine.

He visto pocos animales tan dóciles como estos, decía el príncipe.

—¿Tan dóciles? ¡Oh! ¡segun...!—replicó Marsa.

La tzigana se separó de Andras con más tristeza que nunca y con mayores deseos de que volviese pronto, sin saber por qué: para que la protegiera, para que la defendiese, para que estuviese á su lado si venia Miguel.

Cuando entraron en casa comenzaba ya el crepúsculo. Marsa, sin querer comer, en vez de sentarse á la mesa, permaneció como abismada, en su canapé, en un ángulo del saloncito.

El general, llegado el momento en que acostumbraba á despedirse de su sobrina, fué á darla las buenas noches, y como notase en ella algo extraño, le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada.

—Yo me voy á la cama porque estoy algo cansado. ¿No quieres que te haga compañía?

Unas veces la tuteaba y otras la hablaba con timidez y respeto. Marsa parecia no rotar aquellas variaciones.

—Prefiero estar sola—contestó.

El general se encogió de hombros, y cogiendo entre las suyas la delicada mano de Marsa, la llevó á sus labios como si estuviese en el besamanos de una reina.

Una vez ya sola, la joven siguió así abstraída más de una hora; luego, de repente, al oír sonar las once en el reloj, se puso á temblar.

Rápidamente se levantó.

Descendió por la escalera de servicio, cuya puerta tenia puesta la llave por dentro, salió al jardín y con paso firme y erguido, como una sonámbula andando, atravesó las calles de árboles, alumbradas en algunos puntos por la luz de luna, y se fué hácia la perrera, donde sujetos á sus cadenas ladraban aquellos temibles animales de raza danesa que la acompañaban en sus paseos.

Antes de llegar, les gritó:

—¡Quieto, Ortog!... ¡Silencio, Duna!

Los perros se callaron.

Entonces abrió la puerta de la perrera, penetró en ella, les hizo algunas caricias, que ellos pagaban poniéndola sus enormes patatas sobre los hombros, y soltando el mosqueton de la cadena les dijo con voz vibrante:

—¡Marchad!

Después de lo cual y de haber visto que aque-

llas fieras domesticadas quedaban por allí gozando en su libertad con carreras y saltos de un lado á otro, la tzigana, lentamente, con la frialdad que su padre el principe Tchéréteff mostrara al mandar hacer fuego sobre un espía ó un traidor, tomó el camino de la casa, en la que ya todo parecía dormir, diciéndose con siniestra ironía en una especie de afirmacion impersonal y como si no se tratara de ella:

—¡Ahora creo que la prometida del principe Zilah se puede considerar bien guardada!

XIV.

Miguel Menko vivia en Paris, solo, en el hotelito que tenia alquilado en la calle de Aumale.

Con anticipacion ordenó á su cochero que tuviera dispuesta la berlina para la noche diciéndole:

—Engancha á *Trilby*. Trota mejor que *Jack* y vamos lejos. ¡Ah! ¡no olvideis llevaros el abrigo, Pedro! ¡Y hasta esta noche, no estoy para nadie en casa!

El día aquel se le hizo eterno, en medio de la excitacion nerviosa en que le tenia el esperar la hora señalada, y al mismo tiempo la tarea á que se habia entregado de abrir y cerrar cajones buscando y rebuscando en ellos antiguas cartas, que leía y volvía á leer, como si quisiera que ahondaran más profundamente las torturas de su alma. Eran las cartas de que el día anterior habló á Marsa y que, despues de haberle trastornado como un filtro, ahora le hacian el efecto de un veneno, del cual queria saturarse ávido de nuevos sufrimientos.

Aquellas cartas de amor, de juramentos cambiados, que más tarde se llevó el viento de la tempestad, estaban fechadas en Pau, y á medida que Miguel las iba leyendo las echaba al fue-